

III — El Pasado

HABIA cenado yo aquella noche en una casa donde se come bien. — Adivine usted. (No le costará mucho trabajo porque no son numerosas.) — Y no muy lejos del Arco de Triunfo. Uno de los convidados era un diplomático recientemente acreditado en París. Para guardarle el incógnito, que me permitirá referir esta historia, lo llamaré el Ministro, á secas. Era entonces, y es aún, gracias á Dios, un hombre entre cuarenta y cincuenta años; arrogante caballero al que había precedido en París una fama de seductor justificada por sus maneras agradables, su gran figura, su elegancia á toda prueba y ese yo no sé qué de su aire á la vez lánguido y viril que hace decir de él á quien lo ve : « He aquí un héroe de novela. » Sus aventuras, si había tenido todas las que le prestaba la leyenda, pertenecen al pasado. El Ministro se había casado con una mujer muy bonita, muy insignificante por cierto, á la cual era irreprochablemente fiel. Pasaba por haberse vuelto beato con la edad y el matrimonio. Además tomaba los asuntos de su legación — ó bien de su embajada; siga usted adivinando — muy por lo serio. Es decir, que no tenía ni el gusto ni el tiempo de seguir el movimiento de nuestra literatura contemporánea. Así es que me admiró durante la cena verle mezclarse en una discusión acerca de la última obra de Luciano Desportes. Conocido es el lugar ocupado por este robusto, pero duro escritor, en la novela actual, y qué campañas revolucionarias representaban las obras que constituían su éxito : *El Hogar Libre*, *La Revancha del Amor*, *Feminismo*, *El Justiciero*. Desportes ha defendido unas tras otras y con un talento incontestable, las tesis que deben evidentemente repugnar

más á un diplomático de carrera y al representante de una monarquía, aun cuando no profesara, como el Ministro en cuestión, principios ardientemente religiosos. Cada una de esas cuatro novelas es un asalto contra la familia tradicional, sea que Desportes ataque, como en la primera, su indisolubilidad, sea que predique en la cuarta, que es la más sonada, la absoluta igualdad de derechos entre los hijos del amor y los otros, sea en fin que discuta, como en *La Revancha del Amor*, el mismo principio de la herencia. Con todo, y este es el lado desagradable de este vigoroso escritor, este revolucionario en teoría es de hecho un hombre muy elegante que frecuenta la mejor sociedad. Perteneció al gran mundo por su nacimiento. Su padre era del Consejo de Estado bajo el Imperio. Su madre es una Prosný de la antigua familia de este nombre, y basta ver á Luciano Desportes para notar en este intelectual de la anarquía, la finura hereditaria de un aristócrata de sangre. Los salones que el escándalo de sus libros deberían cerrarle se le abren, por el contrario, de par en par. Están de moda estas indulgencias y hasta esta admiración exagerada en una sociedad que se muere por los peores agentes de esta muerte. ¿Se había dejado contaminar el Ministro por esta moda? No lo hubiera querido creer por lo que de él sabía, y también por algunas conversaciones que habíamos tenido juntos, en particular una en la cual se había declarado discípulo de un maestro en sociología tradicional, al que había conocido y que era agregado militar en Viena, el marqués de La Tour del Pin. Así es que me extrañó mucho oírle alabar aquella noche el talento de Luciano Desportes con un calor de simpatía que llegaba casi al entusiasmo. Comunicué esta extrañeza á uno de mis viejos amigos con el cual salí de aquella casa yendo juntos hasta la plaza de la Concordia. Usted no conoce á este amigo, es Raimundo Casal. Hoy, envejecido, está más cerca de los sesenta que de los cincuenta años. Pero este antiguo petimetre tiene el acierto de dejarse encanecer simplemente, y nunca ha sido más simpático para mí que á principios de este otoño. ¡ Ha conservado este hombre de placer, hoy metido en vereda, una experiencia tan advertida de las cosas y de los hombres, un tal conocimiento de lo que pasa entre los bastidores de la

vida! Me lo probó una vez más dándome la explicación de este pequeño enigma.

— De modo, me dijo con la sonrisa propia de los ratos de expansión, que usted ha notado eso. Bastante notable es en efecto esta defensa del libertario Desportes por un hombre que piensa como Jorge. (Designó al Ministro por un nombre que yo cambio de propósito; he olvidado decir que Casal lo había conocido íntimamente hacía mucho tiempo. Se verá dónde y cómo). Pero el motivo es aún más notable. Tengo gana de contarle esta historia... ¿Su opinión de usted, verdad, prosiguió después de corto silencio, es que nada separa á dos hombres como los celos; hasta hacer que se aborrezcan?

— Es clásico, contesté.

— ¿Usted está convencido también de que nada despierta estos celos como el hecho de ser reemplazado en el cariño de una mujer, que se ha amado apasionadamente?

— Es clásico también el odio hacia el sucesor.

— Bien. Oiga usted, pues, prosiguió Casal.

Encendió un cigarro y anduvimos á lo largo de la acera de los campos Eliseos el tiempo necesario para detallarme una anécdota de amor cosmopolita, que se hacía más pintoresca por el contraste en este medio parisiense. Los automóviles, los coches, las bicicletas cruzaban sus mil movibles luces en la avenida. En todas las fachadas de las casas, rayos de luz salían entre las persianas cerradas atestiguando esta prolongación nocturna de la existencia que no se halla más que en París. Los transeuntes abundaban y sobre todo *las transeuntes* cuyas galanterías venales ciertamente no tenían ninguna relación con la anécdota referida por mi compañero.

— Empiezo por el principio, dijo. Usted sabe cual ha sido la mujer que ha constituido el gran acontecimiento de la juventud de Jorge, ¿no es verdad?

— He oído nombrar á varias personas, contesté.

— Una sola fué la importante, contestó Casal, y por cierto nunca hay más de una que sea decisiva. Jorge ha tenido bastantes aventuras antes de refugiarse en el matrimonio. Pero nunca ha amado más que á lady Julia Wadham.

— Me la habian nombrado también, pero entre otras.

— El montón es el montón, lady Julia es lady Julia. Estuve mezclado en el principio de esta aventura... ¿No ve usted surgir á Desportes? prosiguió cogiéndome la pregunta en los labios, si vale la frase. Espérese usted... Esto ocurrió hace diez y seis años. Había ido yo á cazar á Inglaterra, en Melton. Jorge estaba también. Ocupaba entonces en Londres el puesto de segundo secretario. Había traído á este encantador pueblo del Leicestershire seis ó siete caballos que usaba á maravilla. Los asuntos de la cancillería, al parecer, le ocupaban poco, pues mientras que iba y venía entre Melton y Londres, continuamente, hallaba el medio de cazar con nosotros tres ó cuatro veces á la semana. Montábamos casi siempre juntos. Aprendí á conocerlo. Pasaba por altanero y hasta por vano, me di cuenta de que era apasionado y tímido; — por libertino, y era romántico y preocupado por los escrúpulos; — por frívolo, y al contrario, había estudiado mucho y desde entonces se interesaba en su carrera con una ambición contrariada por un amor naciente, cuyo secreto no tardé en penetrar. Así es que no me ha sorprendido mucho cuando le he vuelto á ver en París en este papel de diplomático muy aplicado en su tarea, de esposo muy fiel á su mujer, y de católico practicando muy devotamente su religión.

— ¿Usted conoce el gracioso epigrama del siglo xvii? pregunté.

« Pour être divine et humaine
« Il faut, en jeunesse, sentir
« Le. plaisirs de la Madeleine
« Et puis, vieille, s'en repentir » (1)

— Hay una anécdota muy sucia que significa casi lo mismo, dijo riendo. Es la del borracho que imita á los romanos de Petronio y transforma la esquina de la calle en *vomitorium*. Y dice: — ¡ Eh ! ¡ qué vinillo este de Burdeos !

(1)

Para ser divina y humana,
En la juventud hay que sentir
Los placeres de la Magdalena
Y luego, vieja, arrepentirse de ellos.

¡gusta hasta cuando vuelve á pasar! Hay añoranza en todos los remordimientos y también sentimiento. Es mi opinión de impio y henos aquí otra vez en Desportes; pero tengamos todavía paciencia y volvamos á Melton. La existencia que llevábamos era deliciosa. En Inglaterra se goza del campo más que en ninguna otra parte. Pasábamos todo el día con gente agradabilísima. Por la noche no teníamos más que escoger entre dos ó tres invitaciones, sea en la población vecina sea en los palacios *hunting boxes* del vecindario. Bien pronto noté que entre estas invitaciones que nos prodigaban, ninguna aceptaba Jorge con tanto gusto como las que venían de sir John y lady Overstone, los cuales tenían en su casa de Overstone Lodge de un modo permanente al coronel y lady Julia Wadham. Aun hoy es encantadora, ¡pero entonces!...

— Yo la encontré entonces ó casi, interrumpí, en casa de su padre el duque de Killarney, cuando fui á Irlanda. Nunca me acuerdo de aquellos hermosos lagos sin volverla á ver entre las ruinas de Muncross Abbey con sus cabellos oscuros, de reflejos leonados, sus ojos azul oscuro, su tez de flor; es la expresión vulgar, pero no hay otra, su alto y flexible talle y el aire audaz de esas damas inglesas que parece que llevan hasta en sus caprichos más extravagantes, toda la autoridad de la dignidad de Par. Me hizo tal impresión en esa época que casi me hace sufrir el encontrarla ahora, aunque siga admirable todavía, ¡pero diez y siete años, es mucho tiempo!...

— Usted comprenderá, pues, dijo Casal, que todos estábamos enamorados de ella y hasta un servidor de usted. Ella apenas lo advertía. Estaba familiar é indiferente con todos nosotros como con Jorge, y sin embargo, ya era éste su amante. He aquí cómo lo adiviné. Estábamos á fines de temporada de cacería y se organizó lo que se llama, en términos de *sport* inglés, *Point to point*. Es la tradicional carrera de obstáculos: un transcurso de seis millas á través de la comarca fué trazado en forma de triángulo. Tres banderas marcaban las extremidades que había que dejar á su derecha. Jorge montaba su caballo favorito, un irlandés bayo. ¡Oh, cómo saltaba este caballo! Tenía todas las condiciones para ganar, á despecho de unos quince competidores, todos muy duros



Es la tradicional carrera de obstáculos (pág. 208).

jinetes. Cuando oiga usted que se dice de un inglés que es duro al montar, muy duro, *he rides very hard*, tenga usted entendido que se trata de un jinete muy valeroso. Éramos muchos los espectadores subidos unos en *hacks*, otros en jaquitas. Paso por alto las peripecias de la carrera, pero en ciertos momentos parece que estoy viendo el cuadro. La carrera llegaba á una especie de esplanada recortada en cuadros por pequeños vallados. Los caballos se hallaban todavía juntos. Jorge era el tercero en fila; se reservaba para el final. Su caballo andaba á sus anchas, galopando y saltando sin cansarse, cuando, en medio de un llano, los pies le faltaron de repente; rodó; luego se levantó y partió, dejando á su jinete tendido. Yo

me hallaba, por casualidad, al lado de lady Julia. Se volvió hacia mí y me dijo con una voz que la emoción enronquecía: « Se ha hecho daño », y partió al galope en la dirección del sitio donde se había producido el accidente. La seguí. Después de haber franqueado dos vallados, llegamos á una barrera cerrada; me apeé del caballo para abrirla. Al apartarme para dejar pasar á mi compañera, vi que corrían lágrimas por sus mejillas. Quiso explicarme su turbación. « Si le pasara alguna desgracia, dijo, no me lo perdonaría. Yo fui quien le impulsó á correr. ¡ Estaba tan segura de que ganaría!... » Volví á subir á caballo mientras ella balbuceaba esta torpe excusa. Volvimos á tomar el galope y, después de unos cuantos saltos, llegamos al sitio donde el frac rojo de Jorge, que seguía inmóvil, muerto quizás, formaba una mancha siniestra sobre el césped. Por todos lados acudían los jinetes, entre los cuales el coronel Wadham. En el momento en que me volví hacia mi compañera, vi que sus lágrimas habían desteñido el velillo que cubría su cara. Este signo de emoción podía perderla. Una rama, la dije, ha roto su velillo; quítaselo usted. Me miró con sus grandes ojos húmedos aún. La sangre le subió al rostro, dándose cuenta de que yo había comprendido y que la advertía para que otros no comprendiesen. Minutos más tarde la volví á mirar. Se había quitado el velo y tenía la cara descubierta.

— ¿Y no le guardó rencor por haber usted sorprendido su secreto? pregunté.

— Un poco, contestó. Este secreto, además, pronto dejó de serlo, precisamente á causa del accidente. Jorge se había hecho de veras mucho daño. Fué transportado á Overstone Lodge por los cuidados de lady Julia, que se dedicó á asistirlo durante los días siguientes con ese ardor del cual hablaba usted. Á partir de esta época, empezó á descuidar las precauciones que habían rodeado el principio de su intriga. Las charlas de algunos rivales rechazados añadieron lo que faltaba, y mi amigo, porque él también cometió la ruindad de ponerme mala cara á causa de mi perspicacia, llegó á ser el *fancy-man* oficial de la bella lady. Esta aventura, demasiado pública, le valió una fama de don Juan, poco merecida. Le ocurrió lo que á esas mujeres á las que una sola intriga, demasiado pre-

gonada, compromete más que cincuenta secretas. Ésta duró, como se lo he dicho, seis años enteros. ¿Que ocurrió al cabo de esos seis años? No lo sé. Un día Jorge, que había llegado á ser primer secretario, luego consejero de embajada sin mudar de sitio, fué enviado á Persia. Si fué ó no á petición suya, lo ignoro. Desde Persia fué á Washington. Se ha casado y aquí lo tiene usted.

— Y á todo esto, nos hallamos bien lejos de Desportes y de sus novelas, insinué yo.

— Á eso voy, contestó Casal. Al mismo tiempo que Jorge partía de Inglaterra, el coronel Wadham dejaba su regimiento y se presentaba candidato á la diputación. Á mi entender había una relación entre esos hechos, á pesar de que parecían ajenos uno á otro. Lady Julia quería consolarse. Concibió la idea de lanzar á su marido en la política para hallar en ella una distracción de la pena que le causaba la ruptura, cuyos detalles jamás se supieron. Fué elegido el coronel; pero debió á su mujer su elección. Corrieron acerca de ella y de su papel en esta campaña, toda clase de anécdotas en este tiempo. No le contaré más que una. Lady Julia se hallaba un día en una casucha del Shropshire — el condado por donde se presentaba el coronel, — pidiendo para él el voto de un elector. Éste se dejaba suplicar, objetando que el coronel era un ricacho, un holgazán. — Desengáñese usted, dijo lady Julia, el coronel no deja de pensar en vosotros todos. Se levanta todos los días á las seis de la mañana para estudiar vuestras reclamaciones. — ¿Á las seis? contestó el barbarote. Entonces, si la deja á la seis, hermosa como es usted, es un imbécil.

— Lo que prueba, dije, que en todos los países, el buen palurdo, á veces no es ni bueno ni palurdo.

— Á lady Julia no le pareció lo que á usted. Á lo menos así hay que creerlo. Esta campaña electoral, en vez de hastiarla del pueblo bajo, hizo de ella una socialista convencida. No ha dejado desde entonces de asociarse á ese partido de trabajo que va creciendo en Inglaterra...

— Y de una manera, interrumpí, que yo juzgaría inteligible si no supiera yo que el hombre es un animal que no razona! ¡ Nacer inglesa y querer modificar á Ingla-

terra, esa obra maestra de la naturaleza política !; Y eso, siendo hija de un duque !

— No la censuremos, prosiguió Casal moviendo la cabeza con ademán de indulgencia filosófica. Si lady Julia no se hubiera entusiasmado por el socialismo, si no hubiera tenido este *fad*, como dicen sus compatriotas, no hubiera conocido á Luciano Desportes. La comunidad de ideas hizo que esos dos pseudoanarquistas, el novelista elegante y la gran dama, entraran en relaciones. Tanto que Desportes, cuando va á Londres, para en casa de los Wadhams, pasa semanas enteras en su palacio de Shorpsire y ha llegado á ser el amante de una de las más bonitas primas de lady Julia. En cuanto á ésta, no ha amado jamás, ni amará en toda su vida sino á Jorge. Solamente que esto lo sé yo y que Jorge no lo sabe; ¿por qué? Porque no ha dejado tampoco él de estar enamorado de lady Julia: lo que él tampoco sabe. Por más que se haya casado con una mujer por la cual cree tener cariño, que haya llegado á ser ambicioso y que se mate á trabajar para subir más alto aún, y que sea un beato que esté temiendo al infierno cada vez que se acuerda de su antigua querida, no hace más que pensar en ella, y, como ocurre cuando está ocupada la imaginación de cualquiera, se forjan novelas acerca de las personas que nos preocupan, tanto menos comprobadas cuanto que nunca pronuncia su nombre. Luciano Desportes constituye una de estas novelas y he aquí todo.

— Entonces él cree que lady Julia y Desportes...

— Sí, que hay una intriga entre ellos. ¿Ha observado usted cómo parece que la casualidad á veces quiere mezclarnos en la vida de ciertas personas? Sí; estaba escrito que asistiría yo á los diversos episodios de esta historia; sin embargo, no á todos, puesto que ignoro el más interesante; el de la ruptura. Pero he visto nacer el incidente Desportes. En el último otoño me hallaba en Granges en casa de Candale, para cazar algunos faisanes y pasar allí dos días. También se hallaba Jorge con su mujer. El primer día la cacería fué muy hermosa y la Ministra cazó con nosotros. Por la noche llegaron para cenar en el mismo tren, lady Julia y Desportes. En la cena, el Ministro y su mujer fueron colocados, naturalmente, ella á la derecha de nuestro anfitrión y él á la de la señora de la casa.

Lady Julia se hallaba á la izquierda y de ese modo se encontraba enfrente de Jorge. Desportes, que le había ofrecido el brazo para pasar al comedor, estaba sentado á su lado. Desde el sitio que ocupaba yo, veía á los cuatro, y los recuerdos que acabo de referirle, se me presentaron en el pensamiento. Veía con la imaginación el paisaje donde había ocurrido el accidente de caza, y el papel de los dos jóvenes de entonces que habían llegado hoy á la edad madura. Ella había cambiado mucho; estaba más gruesa, más subida de color, el busto más opulento, los cabellos más *auburn* todavía. Felizmente no habían cambiado sus ojos, ni su mirada cándida y atrevida, á la par profunda é infantil, la misma que le había conocido siempre. Al contrario, en él la mirada se había modificado. No había envejecido casi, sólo estaba un poco más delgado; pero sus pupilas habían tomado una expresión reflexiva que no tenían antiguamente. El hombre de *sport* había cedido el paso al hombre de Estado. Sabiendo lo que estos dos seres habían sido el uno para el otro, me preguntaba lo que sentirían al figurar de este modo el uno frente al otro en esta comida de gala. Y casi deduje que no sentían nada. En varias ocasiones, los ojos de ambos encontráronse sin que se hubiera podido ver en ellos trazas de molestia. Hacia el fin de la cena, sin embargo, me pareció notar que el diplomático conversaba de modo bien distraído con la señora de Candale y que su atención se concentraba en lady Julia y en su vecino Desportes, los cuales charlaban, en efecto, con extremada familiaridad. Cuando una inglesa se permite ser informal, lo es en alto grado, y usted no se ofenderá si yo le digo que los artistas nunca son del todo gentes de mundo.

— No tomo esto por una crítica, contesté riéndome.

— Tampoco es una crítica la que quise yo formular, contestó Casal. Sólo quería explicarle por qué y cómo se despertó la atención de Jorge. Un ministro de una gran corte extranjera no suele tener ocasión de ponerse al corriente de lo que son en París estos niños mimados que se llaman los escritores en boga. Era, pues, muy natural que interpretara la actitud de Desportes con lady Julia en un sentido completamente falso. Vi nacer en su semblante una expresión de tristeza. Hasta aquí nada que

no fuera muy sencillo; lo que me extrañó fué el verlo después de comer, acercarse á Desportes con una expresión benévola que primero creí fingida. Ha adelantado bastante en su arte de diplomático, me dije; pero no. Tuve que convencerme bien pronto de que era sincera esta expresión. Desde aquella noche adquirí estas dos evidencias: Jorge estaba completamente persuadido de que Desportes había heredado de él los favores de la bella lady, y en vez de inspirarle rencor este rival póstumo, sentía hacia él irresistible y profunda simpatía. El nuevo amante le representaba á esta mujer en la cual jamás había dejado de soñar. Pudiera darle mil pruebas de esta anomalía sentimental. Cuando encuentre usted á estos dos hombres en el mundo, obsérvelos. El antiguo amante procura siempre hablar con aquel á quien cree el amante actual. Usted le ha oído defender en la mesa libros que deberían inspirarle horror. Usted le verá cómo estrecha la mano del autor y apreciará usted lo cómico de este apretón. Es como si dijera: ¿No es verdad que es encantadora? Cuento que uno de esos días obtendrá para Desportes una condecoración de su país. Confiese usted que es curioso.

— Confieso, sobre todo, que es una invención muy divertida, dije maliciosamente.

Conozco á Casal. Estaba seguro de que, aparentando dudar de su diagnóstico, excitaria su amor propio, y que se ingeniaria en darme una prueba indiscutible de su perspicacia. Y luego, á decir verdad, habia realmente un pequeño problema de naturaleza humana que mirar más de cerca. ¿Por qué el antiguo amante de lady Julia reaccionaba de modo tan paradójico delante del que creía ser su sucesor? El escritor era un ser moral social y hasta fisico de otra indole que el diplomático ¿Explicaba esta radical diferencia esta falta de celos? Quizás el Ministro hubiera detestado á un sucesor que le hubiese parecido en algún punto. ¿No hay también hombres totalmente refractarios á los celos y á quienes no produce, el compartir la mujer, ese escalofrío que arroja á Otelo en una crisis de histero epilepsia? ¿Era el Ministro de este género? ¿Pero no podía también equivocarse Casal?

— Sí, insistí. ¿Está usted muy seguro, en primer lugar, de que no hubo nada entre lady Julia y Desportes?

— Tan seguro estoy, como de que nos hallamos en la Plaza de la Concordia, contestó.

— ¿Está usted seguro también, muy seguro, de que el Ministro cree que hubo algo?

— Segurísimo también. Procuró hacer hablar á una de mis amigas. Ésta no tenía datos y lo dejó en la duda. Pero, añadió mirando su reloj, tengo que subir al Círculo. No puedo discutir el caso durante más tiempo con usted. Además, las frases son frases y yo estoy por los hechos. ¿Quiere usted cenar conmigo una noche de la semana que viene? ¿Sí? Bueno. Le escribiré diciéndole el día. Estará el Ministro. Lo colocaré á su lado. Usted le hablará de Desportes. ¿Me lo promete usted?...

Prometí. Y diez días más tarde, en efecto, cenaba en el *Petit Club* con el antiguo amante de lady Julia y algunos otros señores sin importancia, convidados por Casal. Me habia colocado al lado de su antiguo compañero de la cacería de Melton, al cual no dejé, instigado por un guiño del anfitrión, de dirigir en aquel momento la pregunta convenida. Lo hice, me da vergüenza decirlo, del modo más torpe. Y mi interlocutor me hubiera menospreciado profesionalmente de haber podido sospechar la verdad.

— Acabo de leer el *Justiciero* de Luciano Desportes, le dije á quemarropa. ¿Querrá usted creer, señor Ministro, que no conocía aún esta novela?

— No perdía usted mucho en ello, me contestó. Es una coincidencia extraña. Yo no la he leído, si no releído esta semana. Me habia parecido buena la primera vez. Me equivoqué. En definitiva es muy mediana, y verdaderamente el tema en algo hasta repugna.

Miré á Casal que á su vez me estaba mirando. Al través de la mesa no habia perdido una palabra de nuestra conversación. Y sonreía á su vaso de champagne seco que levantó en señal de triunfo; lo vació de un trago, esbozando un gesto imperceptible que decía: «¡ Á su salud! »

— Y qué ¿era una invención acaso? me dijo al oído cuando nos levantamos para pasar al salón donde se fuma. Me agarró el brazo deteniéndome un minuto. Hallé el medio de conversar de lady Julia Wadham con él. Y me señalaba la espalda del diplomático que nos precedía.

Me hice el tonto y, mientras me dejaba interrogar, le demostré que jamás había habido entre ella y Desportes más que simple compañerismo. Esta es la palabra propia entre dos anarquistas; y ya ha visto usted lo que ha sido de su simpatía por el compañero de usted.

— ¡Qué admirado estará Desportes cuando se vuelvan á encontrar, así que note cómo varía el apretón de manos!

— Otro estará más admirado aún, dijo Casal señalando al Ministro, con la punta del cigarro que acababa de sacar de su bolsillo. Sería él si se le contase por qué le gustaban las novelas de ese señor y por qué ya no le gustan. Mañana las aborrecerá... Y gracias que no conoce el secreto de su simpatía pasada ni de su aversión presente. Sería capaz de confesarse de ambas cosas como de un pecado.

— ¿Y no tendría razón? Acuérdesese usted de la anécdota acerca del vinillo de Burdeos...

— ¡Justo! dijo. Y para corresponder á mi obsequio murmuró el último verso del epigrama sobre la Magdalena, dando una gran chupada á su habano:

« Y luego, vieja, arrepentirse... »

IV — Daisy

I

CUANDO madama Fauvel pensaba en Pedro Vivien sentía singular dulzura en acordarse de un humildísimo hecho ocurrido en el curso de sus relaciones. Veía en él la prueba de que el afecto que le tenía Pedro no era amor disfrazado. Esta evidencia le permitía entregarse sin defensa al placer de conversar con este hombre atractivo. No podía amarlo: apenas tenía ella treinta años y él contaba cerca de los sesenta. Pero á esta edad un corazón varonil bien puede todavía ser víctima de estas pasiones tardías, tanto más violentas, tanto más dolorosas cuanto que carecen de esperanza, y Brígida Fauvel no era coqueta. No se asemejaba ni de cerca ni de lejos á la categoría de esas *Celimenas* que el lenguaje de nuestra época pinta con el nombre cínicamente expresivo de « encendedoras ». Había lealtad en sus claros ojos azules, que no hubieran tenido para el huésped casi diario de su saloncito de la avenida Montaigne esta mirada tierna y acariciadora, si no hubiera estado muy segura de que las asiduidades de Vivien hacia ella denotaban una simpatía muy intensa, muy viva, pero ajena en absoluto á toda emoción sentimental. Si hubiera dudado de ello, hubiese encontrado la prueba en los mimos que su visitante prodigaba á otro familiar del salón — aun más favorecido que él; pues éste no se separaba casi nunca de la graciosa madama Fauvel. — Éste, ó, mejor dicho, ésta, era una perrita faldera de raza inglesa del género llamado Blenheim, por alusión al castillo histórico de los Malborough, donde se conserva el tipo más fino de esta